

La identidad de América Latina

LUIS BRITTO GARCIA*

Multiplicidad de multiplicidades, todo en América Latina es multiplicidad. Geografías continuas pero heterogéneas albergan las variantes sociales producidas por la interacción de diversas etnias, culturas y ecologías, cada una de ellas a su vez la resultante de interacciones infinitas. No se trata, sin embargo, de meras suplantaciones o agregaciones. No ha habido yuxtaposición, sino fusión. Una interrelación sinérgica ha creado un producto nuevo, impredecible a partir de la consideración aislada de cada uno de sus componentes. Para el vituperio o para la defensa, para el desprecio o la adhesión, lo latinoamericano existe, pero existe, más que como contenidos precisos, como un modo de articulación de contenidos. En cuanto tal lo estudiaremos. Los hechos a los que haremos referencia han sido en su mayoría señalados en innumerables oportunidades. Esta vez trataremos de formular una hipótesis sobre la manera como los mismos se relacionan. Ante todo, no hay que intentar descubrir en la especificidad latinoamericana ningún rasgo innato, fatal o ahistórico; pero tampoco ninguna limitación de la misma índole. Ni más ni menos que cualquier otro hombre, el americano creó su cultura propia y específica en respuesta a los también específicos e irrepetibles desafíos que le plantearon a su tradición un medio ambiente y unos contactos humanos determinados.

* Ponencia II Congreso de Escritores de lengua española Caracas, Casa de Bello, 18 al 23 de octubre de 1981, en el cual intervino la Universidad Central.

Así, América Latina es el resultado de la interacción de tres grandes familias de culturas: las aborígenes, las europeas y las africanas; sobre una geografía de una extensión y una variedad vertiginosas. La visión convencional sostiene que una de ellas, —la europea— gracias a su tecnología superior, avasalló a las restantes, dotándolas de un vehículo de comunicación —la lengua— que no les ha servido, sin embargo, para homogeneizar sus diferencias ni para acceder plenamente a la técnica calificada de superior, paradigmática y única, vale decir, la de Occidente. La realidad es infinitamente más compleja. En este proceso de choque y fusión, no debemos ver la elemental imposición de una tecnología superior sobre otras inferiores, sino el encuentro y el intercambio de métodos de acción entre tecnologías diversas. Pues no existe una sola variedad de tecnología, sino tres: una que *opera sobre la naturaleza inanimada* (como la fundición de los metales o los explosivos), otra que *trabaja sobre la naturaleza animada* (como la que obtiene vegetales híbridos o nuevas especies) y otra que *opera sobre la conducta* (y crea concreciones de ésta tan disímiles como el siervo y el samurai, la orden religiosa vinculada por la castidad y la familia cimentada, sobre diversas variedades de la experiencia sexual). Aunque toda sociedad opera en líneas generales de manera simultánea con estas tres tecnologías, las peculiaridades del intercambio del organismo social con su medio o con otros entes hacen que, por regla general, prepondere el recurso a una o dos de ellas, sobredesarrollo que por lo regular opera en detrimento de las restantes. Así, por ejemplo, la eficacia militar de griegos y romanos, que le permitió el dominio sobre la conducta de enormes contingentes de esclavos, les dispensó de un desarrollo de la ingeniería equiparable al de sus logros estéticos y filosóficos, en el primer caso, o jurídicos en el segundo. En sentido contrario, el desarrollo de la tecnología biológica de la anticoncepción ha liberado a los países desarrollados de la necesidad de rígidos controles sobre la conducta para mantener dentro de límites socialmente aceptables la procreación. Añadamos que de estas tres tecnologías, la más visible, hasta ahora, es la de dominio sobre la naturaleza inanimada, por cuanto *tiende a manifestarse de manera externa, sobre objetos concretos*. Una pirámide es más visible que el desarrollo de un determinado cereal, y este, más obvio que una específica conducta. Si bien es cierto que la primera no puede existir sin complejas interrelaciones entre el segundo y la tercera, y que, en definitiva, una pirámide, o un televisor, o una ametralladora, no son más que medios de conformar conductas. Más que hablar de pobreza de una cultura, debemos entonces

ponernos en guardia contra nuestra práctica de aceptar sólo aquellos aspectos de una cultura que se evidencia a través de una externalización física. Podemos juzgar el esplendoroso poderío de la organización social maya que se externó en las huellas físicas de Tical o de Lubaantún. No es más difícil entender que el mundo interno de una vieja curandera como María Sabina es quizá tan complejo y profundo como la Catedral de Chartres. Y más sutil, porque no necesita de la brutal movilización de la piedra para hacer sentir su poder o perpetuarse. Más de un fiel contemplará la arquitectura religiosa con la mente vacía. Mientras que, por el contrario, bajo la bóveda estrellada, esta curandera es capaz de erigir, un templo verbal, sintiéndose y diciéndose emisaria de un espíritu alojado en un vegetal:

Soy mujer piedra del sol sagrado (dice)
Soy mujer piedra del sol dueña (dice)
Soy la mujer aerolito, (dice)
Soy la mujer aerolito que está debajo del agua, dice
Soy la muñeca sagrada, dice
Soy la payasa sagrada, dice
Soy la payasa dueña, dice
Porque puedo nadar
Porque puedo volar
Porque puedo rastrear (1)

Ya que, en efecto, la necesidad de externar un rasgo cultural puede corresponder a su debilitación interna. No olvidemos que la construcción, de la basílica de San Pedro, coincidió con la crisis y la fragmentación del cristianismo. De la misma manera que la externalización de un rasgo de la civilización conduce a la atrofia de la internalización —así como el libro aniquila memoria oral— dentro de una misma cultura; el encuentro de una cultura con otra produce iguales fenómenos. La pólvora, aniquila en una sola deflagración, no sólo el valor temerario del caballero andante, (como lo deploró Cervantes) sino además toda la manipulación de la conducta que produce el impasible coraje del caribe y del Caballero Aguila. América Latina es el resultado del enfrentamiento, la sustitución y la síntesis de estos estilos de operación sobre el mundo, con sus correspondientes externalizaciones e internalizaciones. De las tres familias de culturas que formaron la base histórica latinoamericana,

1. Citado por Alvaro Estrada. Vida de María Sabina, la sabia de los S. XXI, México, 1977, pág. 129.

dos de ellas, la aborígen y la africana se caracterizaron por un énfasis en la tecnología de la conducta, aplicada al dominio de la naturaleza animada; y la cultura invasora se caracterizó por un énfasis en la tecnología del dominio de lo inanimado, aplicado a la conformación de la conducta. Las primeras debieron su supervivencia a regulaciones de la estructura social que les permitieron dedicarse eficazmente al cultivo del maíz o a la cacería, por ejemplo, mientras que la hispánica debió su triunfo a una metalurgia que le permitió establecer un poder militar e ideológico sustentado en la boca de los mosquetes y la punta de las espadas. Las culturas autóctonas americanas, en líneas generales, pusieron énfasis en la *aplicación de una tecnología de la conducta, dirigida a alcanzar un dominio sobre la naturaleza animada*. Recolectoras, cazadoras y luego agrarias, el fruto, el animal y la planta fueron su objetivo último; a él subordinaron sus estructuras sociales —de admirable eficacia— y sus herramientas, comparativamente sencillas. La naturaleza americana, aunque no tan idílica como la presentaron los románticos, les permitió instaurar una relación armónica con la ecología, que no encontró obstáculos insuperables.

Desde el principio, en este medio se encuentran las raíces de la especificidad latinoamericana. Pobre en animales domesticables para el tiro o la alimentación, forzó al indígena a establecer su relación con la naturaleza a través del aprovechamiento de las plantas, que cultivó, o creó, mediante hibridación, en variedad impresionante; mientras Occidente, por el contrario, domesticaba gran variedad de animales y sembraba comparativamente pocas especies vegetales. En este hecho se encuentran las bases del carácter preponderantemente agrario que ha marcado gran parte de nuestra historia, y también de la peculiaridad de la misma.

La geografía de lo que luego sería políticamente Latinoamérica, si bien sujeta a estaciones, no implicaba la rígida acumulación para la supervivencia; ya que el invierno, más que cese de actividades, suponía cambio de ellas. El maíz, la papa, la yuca, el cacao, no son acumulables en la misma medida que el trigo. Tampoco coincidió la mejor tierra cultivable con los cauces grandes de agua, casi siempre adyacentes a selvas impenetrables o llanuras inundables; por ello no hubo extensas civilizaciones centradas sobre el trabajo hidráulico. El maíz, centro de la mayoría de estas civilizaciones, requiere de unos 50 días de trabajo al año. La papa tiene un rendimiento alimenticio superior, por superficie de cultivo, al de cual-

quier otro vegetal europeo o asiático. El medio americano rendía a sus habitantes un resultado por esfuerzo invertido superior que el que rindió Occidente antes de la mecanización. Nada en esta relación del hombre con el medio americano hizo urgente o imprescindible un salto hacia la metalurgia de alto nivel; la ingeniería de los motores o la obra de irrigación titánica. El énfasis en la tecnología comunitaria de la conducta bastó para resolver con el trabajo humano las tareas de la supervivencia: recolección en los bosques feraces, cacería en las selvas y las llanuras, construcción de acequias y terrazas agrícolas en los valles de las cordilleras. El rigor y el carácter estricto de la organización comunal, fueron directamente proporcionales a la dureza del medio donde la misma se instaló y al esfuerzo requerido para obtener el sustento en él.

La perpetuación de esta cultura comunal estuvo centrada en la oralidad, comunicación suficiente en las comunidades de tamaño moderado, y complementada con ricas escrituras ideográficas o notaciones de nudos, en sociedades de mayor talla, como la maya, la azteca o la incaica. Lenguajes que en todo caso eran a la vez rituales y obras de arte. El énfasis en la fuerza humana de trabajo enfatizó la división de roles sexuales. También, la adhesión comunal a un centro personal y carismático de coordinación, que constituiría la raíz del caudillismo, y la fuerte lealtad del individuo a la unidad clánica, tribal o familiar, típicas aún de nuestras regiones campesinas. El clima comparativamente benigno dispensó a la cultura indígena del esfuerzo por crear arquitecturas perennes; las hicieron integradas al medio en sus materiales y relaciones con él, diseñadas de manera tal que requirieran poco esfuerzo para ser erigidas o reconstruídas. Podemos asumir que la perfección de la tecnología de conformación de la conducta dispensó a gran parte de las culturas indígenas de suplir con la arquitectura funciones sociales; así como los pechos de los espartanos eran las murallas de Esparta, las sutiles edificaciones invisibles de la conducta suplieron a los indígenas las funciones que el occidental confía a los muros de concreto, las puertas fortificadas y las divisorias protectoras de la privacidad. Porque, además de un cobijo, la arquitectura es un aparato ideológico, que impone conductas y que, en Occidente, quiere preservar a través de la dureza del material una eternidad de la propuesta— que los japoneses confían con igual resultado a sus pantallas de papel y los yanomani a la circularidad eternamente reconstruída del *shabono*.

El clima y la contextura de su civilización requirieron que el Occi-

dental aplicara esta lógica de la monumentalidad pétreo, no sólo a su arquitectura ideológica —catedrales y palacios— sino también a la cotidiana —cinturones de murallas, casas —almacenes de los comerciantes— mientras que el aborígen la aplicó casi con exclusividad a sus monumentos ideológicos —pirámides y ciudades sagradas— y en la mayor parte de los casos, ni siquiera a estos; a pesar de la ausencia de estos monumentos *visibles*, la persistencia de las construcciones invisibles se muestra en la continuidad de creencias, lenguas y modos de producción que millones de americanos sostienen a pesar de cinco siglos de avasallamiento.

La lógica de los límites del desarrollo de las civilizaciones indígenas debe ser entendida así, dentro de los parámetros de su adaptación exitosa a sus ambientes. . . No es cierto, por ejemplo, que los americanos no desarrollaron la rueda. La inventaron, pero —al igual que los griegos con la máquina de vapor de Hieron de Siracusa— solo la aplicaron a juguetes. Pues la utilización de la rueda en la producción requiere animales de tiro —que los indígenas no tuvieron— y un suelo aproximadamente regular—, aún nuestra moderna civilización ha encontrado dificultosa la aplicación de la rueda a las indudables planicies de los llanos, a las junglas o a las cordilleras. La limitación biológica y orográfica se conjugaron así para impedir la aplicación productiva —que no la invención— de la rueda; la particular conformación de la práctica agrícola, por otra parte, no requería de tal aplicación, pues no existían, ni enormes excedentes económicos que trasladar, ni la necesidad de colosales obras de irrigación, mientras que las piedras para las grandes edificaciones se trasladaban sobre rodillos.

La ausencia de la rueda en la vida cotidiana, paradójicamente, trae el tiempo circular. La rigurosa sujeción de las comunidades cazadoras, pescadoras o agrarias a ciclos anuales regidos por estaciones no marcadas por un contraste brutal, y regularmente anunciadas por las constelaciones debió sugerir en estas culturas una concepción del tiempo asimismo cíclica y estable, la creencia en una perennidad circular repetible sin esenciales modificaciones. Aún en las culturas donde —como en la azteca— se creía en un fin de los tiempos, el mismo era visto como una fatalidad que interrumpía un orden, más que como una culminación o superación del mismo. Religión, moralidad, derecho y política se encontraban estrecha e indisolublemente vinculados entre sí, y estos a su vez ligados por relaciones mágicas con el curso de la naturaleza. Las comunidades autóctonas tendían más, en consecuencia, a una integración, que a

una polarización o escisión entre las diversas ramas de su cultura. Las etnias africanas transplantadas a América mediante el brutal proceso de la esclavitud compartían buena parte de los rasgos de los aborígenes americanos. También su tecnología enfatizaba *el dominio de la conducta para lograr un control sobre la naturaleza animada*, fuera esta el fruto recolectado, el animal logrado o criado o la planta cultivada. También esta tecnología se reprodujo esencialmente a través de la oralidad, poderosamente reforzada por el incomparable ritmo de la danza en la ceremonia colectiva. Esta oralidad preservó una tradición que era a la vez rito, norma, cosmogonía e instrumental mágico de operación sobre el mundo. En ella, los roles sexuales estaban marcadamente diferenciados, y la unidad comunal estaba centrada sobre la dirección carismática. Su tiempo también podía ser considerado como cíclico, como la repetición de una estable rueda de relaciones naturales y sociales. La convergencia de algunos de estos rasgos entre las culturas aborígenes y las africanas transplantadas explica la solidaridad de oprimidos que en ocasiones se estableció entre ellas: así como los caquetios favorecieron el alzamiento del negro Miguel en Buria, grupos de cimarrones antillanos adoptaron en su casi totalidad la cultura de las etnias caribes. Esta solidaridad se perfeccionaría posteriormente con el mestizaje.

Añadamos que las culturas africanas debieron sufrir una prueba más atroz, si cabe, que las autóctonas, pues las que de entre estas últimas sobrevivieron, por lo menos lo hicieron guardando la compañía entre miembros de una etnia, mientras que el proceso de la trata de negros fraccionó, aventó al azar, dispersó y reunió asistemáticamente en explotaciones agrícolas o mineras grupos pertenecientes a las comunidades más diversas. Ello hizo aún más difícil y complejo el de todos modos exitoso empeño de preservar la identidad cultural.

Resumiendo, podemos afirmar que las colectividades aborígenes y las africanas antes del trasplante, se caracterizaban por una genérica estabilidad social y por una capacidad de integración armoniosa con la ecología. Con ello no queremos en manera alguna representarlas como sociedades idílicas o utópicas, si bien: la idea de la utopía en la Epoca Moderna, como bien lo ha señalado Uslar Pietri, refiere siempre al nuevo mundo.² Algunas de estas culturas eran guerreras, como las de los aztecas o los caribes. Algunas de las es-

2. V. su exposición en el seminario "América Latina conciencia y Nación" Editorial Equinoccio, Caracas, 1977.

tablecidas sedentariamente, tenían rígidos sistemas de jerarquía social, castas sacerdotales e incluso sacrificios humanos. Pero interesa señalar que en líneas generales, habían logrado la envidiable capacidad de subsistir en un medio creando relaciones armónicas con él, sin destruirlo y sin destruirse por contradicciones internas insalvables, y que incluso aquellas culturas que, como la maya, desaparecieron, lo hicieron sin arrasar con su entorno.

La mencionada virtud de la estabilidad social podía, sin embargo, a su vez convertirse en una espantosa vulnerabilidad. Las grandes culturas americanas cayeron ante todo por su incapacidad de comprender una circunstancia inesperada y reaccionar ante ella: por su imposibilidad de distinguir entre mensajeros celestes y rapiñadores, de discriminar entre guerras floridas (cuya finalidad era obtener prisioneros vivos), y operaciones de saqueo. La espantosa herida de la conquista fue necesaria para abrir nuevamente a América al caos entrópico del universo siempre cambiante, para arrancarla a una autosuficiencia estancada y uterina.

Frente a estas culturas, el invasor hispánico o portugués había desarrollado *una tecnología de dominio sobre la naturaleza inanimada, tendiente a lograr un control de la conducta*. El castillo, que da su nombre a una región de España y a la lengua que hablamos, el acero toledano que venció al sarraceno, la avanzada construcción naval que dominó el Mediterráneo y la mar Océana fueron sus concreciones visibles: La Reconquista y la Conquista sus resultados finales.

Esta cruenta pero admirable maestría sobre la tecnología de la muerte no tuvo una equivalencia en el arte de aprovechamiento de la naturaleza animada. En la España de la Reconquista, la agricultura dependió de los moriscos y hebreos y languideció tras la expulsión de estos: en el Nuevo Mundo, el conquistador dependió del cultivo aborígen y luego del hecho por mano africana, a menudo ejecutado con las especies y las técnicas de los derrotados. Nuevamente, el énfasis en una tecnología producía la depresión de otra: como hemos indicado, no tiene necesidad de abrir el surco quien puede agenciarse vasallos o esclavos que lo abran por él. O quizá, la historia de los imperios europeos no es más que la concreción visible de una serie de fracasos agrícolas que empujaron a pueblos enteros a un imparcial saqueo de cereales y gloria.

Parecería imposible resumir siquiera someramente los rasgos cultu-

rales de Occidente que recibimos a través del incómodo vehículo de una de estas conquistas. Dicha cultura era a su vez el resultado y expresión de una amalgama desconcertante. La tecnología de dominio sobre lo inanimado que la hizo posible, había transformado la oralidad en escritura alfabética; empezaba a disociar los vínculos comunales para dar cabida al individualismo como medio de impugnación de una estructura caduca; y sentaba las bases de la destrucción de la cultura agraria en pro de otra mercantilista. Esta técnica sustituía la legitimación carismática que hizo posibles a un Cid Campeador, a un Pizarro y a un Cortés, por la legitimación tradicional, y luego la legal que condujeron al primero al destierro, al segundo al patíbulo y al tercero a un mísero peregrinar por las antesalas de un Emperador "al que había dado más reinos que provincias legara su padre".

Esta cultura en los albores de la Edad Moderna vivía en un tiempo que podríamos llamar Apocalíptico, signado, más que por la repetición amable de ciclos vitales, por la imperiosa progresión hacia una meta futura, vindicable a través de una continuidad de luchas, y en sí misma una suprema batalla: Reconquista, Conquista, arribo a El Dorado, Triunfo de la Fe, Fin de los Tiempos y Victoria de la Ciudad de Dios predicha por San Juan Evangelista y por San Agustín. Todas las formas que empezaba a ensayar la cultura vencedora emblemizaban esta celebración del devenir: el contrapunto, que sujeta la pieza musical a la transmutación de frases simultáneas; la perspectiva pictórica, que sugiere ámbitos transitables en la superficie bidimensional; el claroscuro, que representa la transitoriedad de luces y sombras; la novela, que narra el progreso de un personaje en sí mismo sujeto a mutación; el mismo ideal moderno de la Fama, que suponía el avance del yo hacia una luminosa apoteosis que debía aniquilar y precipitar en el vacío de la oscuridad al negador, al enemigo (así, Quevedo soñó una particular escatología donde su fulgor opacara el de Góngora, y Cervantes otro donde su sátira cegara al monstruoso Torrente de Lope). A diferencia de lo que Spengler llamaría posteriormente cultura faústica, este tiempo apocalíptico no apuntaba hacia la diversidad de la experiencia, sino hacia su unilateralidad: no quería extender los límites de la sensación, sino confinarlos a un cauce: no deseaba la voluptuosidad, sino la imperiosa negación del asceta y del guerrero. Como los aztecas que daban vida al sol con la sangre de los prisioneros, los españoles avanzaban hacia su Ocasión —necesariamente la más alta que pudieron ver todos los siglos— a través del dolor impuesto y autoinfligido de las empresas: negación del mun-

do, en el místico, sujeción lacerante del mundo en el conquistador.

La aceleración en una sola de las direcciones de este tiempo apocalíptico significó necesariamente una progresiva acumulación de negaciones. Como agudamente lo ha señalado Carlos Fuentes, concluida la Reconquista, España optó por tratar de imponer la unilateralidad cultural y política sobre su rica pluralidad³. Pero asimismo quiso imponer la castidad execrando el cuerpo, la fe, descartando la razón; la certidumbre, quemando la duda; la autoridad, rechazando la libertad. Era una cultura que progresaba a través de sucesivas negaciones de sí misma.

La peculiaridad del encuentro entre estas tres culturas consiste en que no hubo aniquilación, y ni siquiera mera yuxtaposición, sino fusión entre ellas. Nuevamente, la visión convencional postula aquí una cultura europea imponiendo su cuño y donando sus bienes a receptores pasivos, cuya incompleta asimilación a los modos del vencedor sólo sería atribuible a incapacidad de manejarlos. La realidad es otra. La cultura vencedora fue tan profundamente modificada por el contacto, como las vencidas. Y, en un sentido metafórico, no menos herida de muerte por él.

Pues, si el europeo debió su triunfo en América a su tecnología del armamento, asimismo debió su supervivencia en el Nuevo Mundo, y fuera de él, a la tecnología agrícola del aborígen. Si impuso su lengua como vehículo, fue para verlo apropiado por las diversas etnias vencidas como vínculo de unión, de expresión de su originalidad, y arma contra quien se la había enseñado. Si quiso transplantar al Nuevo Mundo su ética de la negación de las totalidades, la exquisita pluralidad americana concluiría disolviéndola en el mestizaje y en nuevas variedades de la sensibilidad emocional y musical. El intento de implantar la unidad en el Nuevo Mundo paradójicamente lo unificó a él. Y en fin, su intento de violar el tiempo circular del aborígen mediante la embestida del tiempo apocalíptico, a su vez sumió a la madre patria en otro tiempo estancado que, por extraña paradoja, haría detonar el progreso y el anhelo faústico en el resto de Europa. El juego de ondas y reflejos no tiene fin. De él está hecha la trama del último medio milenio de la historia. Intenta-

3. V. Cervantes: *Crítica de la lectura*. Joaquín Mortiz, México, 1976.

remos sugerir apenas sus más evidentes rasgos. Rasgos americanos cuyo correlato u oposición dialéctica corren aún por el mundo, modificándolo incesantemente.

Sobre esta fusión inicial entre culturas aborígenes, africanas y españolas, se integran al aporte cultural portugués, que casi idénticos supuestos que el español construye el Brasil; las sucesivas y aisladas huellas culturales dejadas por las aventuras imperiales inglesas, francesas y holandesas y las oleadas migratorias, europeas en principio, pero también asiáticas, chinas o hindúes, que agregan su sedimento en proporción variable a este caleidoscopio. El encuentro trágico de estas culturas, en alguna forma, remite a la leyenda central de Occidente, a la epopeya de Edipo. Más que madres, la España y el Portugal que imponen su fuerza mediante la espada y su dominación a través de la catequesis inquisitorial, son terribles padres que fecundan culturas vencidas y luego niegan sus hijos. Pues el orden de la colonia no solo discriminará a los indios vasallos y a los negros esclavos, sino a los pardos mestizos, e incluso a los blancos criollos descendientes de conquistadores. En alguna forma intuye y teme que esta progenie le reserva un destino terrible. En efecto, mucho antes de que el parricidio quede consumado en los campos de batalla de la Independencia, América acumula muertes simbólicas sobre su progenitor. La riqueza expoliada a América, al deprimir el desarrollo económico español y fortalecer el absolutismo, impone paradójicamente a España, el tiempo sin progresión y estancado que una vez fue propio de los aborígenes. Alcanza a más el siniestro parangón con el mito edípico. Si la muerte del padre significa el cumplimiento de la voz terrible del oráculo —que representa el destino inevitable, y por lo tanto— el tiempo inmodificable y opresivo— la final toma de conciencia y el autocastigo de Edipo por un crimen *del cual no es responsable, ya que había sido profetizado*, desencadena sobre el mundo el libre albedrío. La riqueza de América, el legado agrícola de ésta, que precipita a España en el sepulcro de la decadencia, paradójicamente es uno de los principales desencadenantes de esa glorificación ideológica del libre albedrío que es la revolución industrial. Marx señaló certeramente que el oro robado a América, la servidumbre indígena y la trata de esclavos, primeros motores de la acumulación primitiva, están entre los responsables de que *"el capital aparezca desde sus primeros pasos, exudando lodo y sangre por todos sus poros"*.

La riqueza expoliada como las joyas malditas de ciertas historias,

trae la muerte en vida para su primer rapiñador, y el delirio tecnológico la expansión imperial y finalmente la pérdida de sus posesiones mal habidas a los siguientes usufructuarios. A la manera de Edipo, el americano mata al padre para sustituirse y esta sustitución acarrea a la larga la ceguera. Con las honrosas excepciones de los Libertadores que murieron en el exilio o en el camino a él, los próceres crearon casi siempre nuevas oligarquías, de espaldas a sus patrias liberadas, oligarquías que tuvieron a gala la mimesis de Europa. A estas oligarquías y a sus ideólogos se opusieron reversiones ilusorias del pasado, que negaban nuestra irrenunciable herencia occidental. Formas simétricas y complementarias de una ceguera, la mutua aniquilación de las mismas terminaría por liberar a América del peso terrible del destino, por acordarle una identidad, y, por lo tanto, una especificidad irrepetible, un ser.

Este ser latinoamericano se manifiesta, más que en el estruendo de las batallas, en la silenciosa pero ineluctable forma como América dio un nuevo sentido a cada rasgo cultural aportado por los conquistadores, modificó irreversiblemente la existencia de estos últimos, y finalmente creó por fusión, integración o simple invención, rasgos nuevos de poderosa originalidad. Así, a diferencia del colono inglés, que reprodujo en suelo americano sus granjas, su cultivo del trigo y sus relaciones contractuales, el conquistador español se adaptó al conuco, a la dependencia del maíz, la papa y la yuca, a la farmacopea e incluso a la visión del tiempo del aborigen, cuyas estructuras tribales o comunitarias sometió a encomienda y vasallaje, sin poder destruirlas íntegramente.

También debió el español presenciar imprevisibles resultados de sus aportes pecuarios: la introducción del ganado y el caballo creó nuevas e inéditas instituciones y tipos humanos —el charro, el llanero y el gaucho— intrínsecamente diferentes de los pastores europeos. Irrisorio parecería señalar que uno de los aportes más decisivos del Nuevo Mundo a Europa consistió en un conjunto de vegetales como el maíz, el cacao, la papa, la yuca y el tabaco, de no ser porque tras cada uno de ellos hay la arquitectura compleja de una elaboración cultural invisible. El maíz tal como lo conocemos es el producto de una elaboradísima y conciente hibridación, un vegetal tan cultural que le es casi imposible reproducirse sin la acción del hombre. La papa, como la yuca y los medicamentos indígenas —la coca, la quina, —suponen sabidurías agrícolas, que el europeo debió imitar, a veces tardíamente, y sin las cuales no habrían existido, ni el sostén alimenticio para la población, que protagonizó

la Revolución industrial, ni el mundo moderno conformado por ésta.

El español implantó su lengua y su fe, solo para encontrarlas transmigradas en una multiplicidad de códigos con los cuales los pueblos conquistados expresaban sus propios sentimientos y adoraban sus propias divinidades bajo la cifra de un subjuntivo o la máscara de un santo católico. Un castellano de América terminó por ser públicamente acogido en las academias, mientras que una religión de América, terrenal y pragmática, que se declara en las grandes fiestas populares y en los rituales folclóricos, es alternativamente perseguida o tolerada y prepara el camino a una teología de la liberación.

Pero en este lenguaje hay aún una segunda especificidad: la de su función. Uno de los rasgos más resaltantes de América Latina es su verbalidad, su oralidad. Ello se debe, no solo a que el castellano es el principal vehículo que nos permite compendiar la diversidad de nuestros hallazgos culturales como una totalidad, sino además a que el lenguaje literario reúne entre nosotros las funciones que en Europa se han diferenciado en parcialidades incomunicadas. El purista encuentra insoportable en nuestra literatura la aparente intromisión del compromiso, la prédica, el intento de interpretación del mundo y la intención estética, ya que él ha delegado en especialistas cada una de estas modalidades del ser. Para el latinoamericano es, por el contrario inconcebible una lengua que no exprese estas totalidades; un vehículo en el que la emoción excluya el intelecto o la transmisión de una imagen del mundo excluya la estética.

Al darnos un vehículo, sin embargo, el conquistador sólo pensó aplicarlo a sus propios intereses. La cultura hispánica procuró antes la conexión con la metrópoli de las regiones vencidas que la intercomunicación, de éstas entre sí. Caminos, correos y vías fluviales confluían hacia las cabezas de los virreinos y de las capitanías generales, desde donde comenzaban las rutas marítimas hacia la metrópoli. Esta orientación hacia un centro de poder externo ha sido reproducida, con pequeños cambios, con el turno de metrópolis: antes las europeas, ahora las norteamericanas, atraen hacia sí el flujo del excedente económico y exportan sus sobrantes de producción y sus valores a través de las rutas de la dependencia y de los aparatos culturales transnacionalizados. Pero, en sus mo-

mentos cruciales, América Latina supo infringir esta ley de orientación hacia la metrópoli de comunicaciones y encontrar las vías hacia su totalidad. Así ocurrió con la empresa común de la Independencia, que nuestros próceres entendieron siempre como una hazaña necesariamente continental, y que nuestras naciones sintieron inconclusa hasta que Hidalgo y Martí no concluyeron la obra de Bolívar y San Martín. Así ocurre hoy con la empresa del reconocimiento de la esencial unidad de la cultura latinoamericana.

El proceso paradójico mediante el cual una España culturalmente diversa daría lugar a una América Latina con una comunidad cultural, también tuvo repercusiones en la consolidación de la unidad política de la metrópoli. Casi ninguna de las expediciones de conquista partió directamente de España. El expedicionario pasó casi siempre una larga estadía en Santo Domingo o en Cuba, que homogeneizó y vinculó entre sí las muy diversas peculiaridades del vasco y del gallego, el catalán y el andaluz, el asturiano, y el isleño. Pero de rebote, la riqueza que estas diversas nacionalidades conquistadoras tributaron directamente a la Corona contribuyó a la consolidación de la teocracia que mantendría en un solo puño la dominación política sobre las tan diversas provincias de la Madre Patria.

El español reimplantó asimismo en América la ya caduca constitución estamental y el código moral judeocristiano. Pero la lenta erosión de la sexualidad terminó por disolver dicho código y su producto —el mestizaje étnico— y engendró las tropas de choque que a su vez desintegrarían el orden estamental y replicarían al clasismo europeo con la democracia americana. El latinoamericano inauguró un nuevo estilo de actuación, indiferente hacia las instituciones abstractas, pero leal hacia los vínculos directos del clan, la familia o la amistad, y a pesar de ellos, profundamente individualista. La influencia persistente del grupo familiar ha hecho perdurar la diferencia extrema entre roles sexuales y prolongado su concomitante machismo (atribución al hombre de los trabajos más pesados y de la defensa física del clan). Este cuadro familiar se da, sin embargo, casi siempre en hogares matricéntricos. Frente a una cultura occidental alienada por la kafkiana devoción hacia las instituciones inhumanas, nuestra indisciplina es tanto una protesta como una opción liberadora.

La relación emocional directa con la comunidad clánica, unida al

pathos de una historia sentida como tragedia aún no subsanada, se traduce en nuestro caso en una rica emocionalidad, subsiste en la reprimida violencia del azteca, en la nihilista guasa caribeña, en el mutismo andino y en la tristeza sureña. Quizá es por ello que los latinoamericanos de las más diversas latitudes nos reconocemos en la ranchera, el son, la salsa, el bolero y el tango, (sus letras siempre remiten a la impasible aceptación de la adversidad) y que el oído foráneo más inexperto reconoce en sus melodías una especificidad latinoamericana innegable. Síntesis de la oposición triádica entre el ritmo del 4/4 europeo, el 2/2 africano y la monotonía indígena, el ritmo latino del 3/4 hermana lo ordenado y lo inconcluso, lo racional y lo emocional, lo contrapuntístico y lo rítmico en una síntesis única. Nuestra música provoca la danza y la participación afectiva, remite al cortejo, al desafío y al coro más que a la audición pasiva.

En resumen, podemos decir que, debido a estas condicionantes, durante gran parte de su historia América Latina se ha caracterizado por una civilización preponderantemente agraria, sostenida por instrumentos de conformación social tribal, clánica o familiar, que dejan todavía sentir su influencia y su poder cohesivo frente a las instituciones abstractas (casi siempre transplantadas) que el latinoamericano considera con desconfianza. La dependencia de estas culturas de la tradición oral, determina la verbalidad del latinoamericano, la multiplicidad de registros (pedagógicos, líricos, estéticos, emotivos y políticos) de su palabra y el poder de la misma cuando su conversión al alfabeto la revela como una literatura que es siempre algo más que literatura. La adhesión a las organizaciones elementales, a la par que determina un gregarismo frente al grupo natural clánico, determina un paradójico individualismo frente a la institución abstracta, e impide que ésta puede restringir o alienar la rica emocionalidad latina. Esta emocionalidad (trágica, pues encuentra sus raíces en una historia sentida como catástrofe) se traduce de manera excepcional en una música inconfundible en una religión sentida más como experiencia colectiva y fiesta social que como materia de conciencia interna o de restricción puritana, y en un carácter expresionista de las resistentes manifestaciones estéticas, que permea incluso las más pretendidamente abstractas.

Dentro de estos parámetros se desenvuelven manifestaciones de una caleidoscópica diversidad, que obedece a la infinidad de aportes de las múltiples culturas cuyo proceso de fusión avanza todavía. El signo latinoamericano, hasta el presente, parece haber sido el de efectuar absorciones no excluyentes de rasgos culturales que

podrían parecer contradictorios o irreconciliables, el de integrar polaridades o contrarios dialécticos antes que separarlos o negarlos, apuntando a la totalidad antes que a la unilateralidad. Esta integración de contrarios ha tenido un carácter trágico cuando las antiguas culturas agrarias han debido confrontarse con la tecnología de control sobre lo inanimado y las estructuras políticas de Occidente encarnadas en los sucesivos invasores españoles, portugueses, ingleses, franceses, holandeses y norteamericanos. Cuantos imperios se han alzado sobre la tierra en alas de la tecnología fáustica han hecho su presa en América Latina, y ésta en definitiva ha sabido vencerlos con los aparentemente modestos recursos de la cultura agraria. Pues América Latina, en lo político ha aportado al mundo la innovación de la guerra campesina que vence la sofisticada tecnología de la metrópoli. Inspiradas, ciertamente, por abstractos ideales europeos, las revoluciones americanas, al movilizar sus campesinos, batieron sucesivamente en Ayacucho, a los vencedores de Bailén; en Argentina a los británicos; en México a los bonapartistas; en Nicaragua y Cuba a los imperialistas norteamericanos y a sus títeres. Y en lo político, siempre intentando resolver la polaridad entre las formas políticas occidentales y las sociedades naturales autóctonas, América Latina ha ensayado propuestas originales, que van desde el caudillismo hasta el populismo y el socialismo a la latinoamericana, surgido de una gesta donde lo carismático tiene tanta importancia como lo económico.

Dentro de estas contradicciones por resolver, acaso la más desgarradora sea la que escinde todavía a América Latina entre una economía agraria en mengua (cuyas concomitantes culturales tienen, sin embargo, tremenda relevancia) y una tecnología y un capitalismo dependientes orientados hacia la nueva metrópoli. La amplitud del hiato está marcada por la marginalidad, una categoría sociológica que en América Latina adquiere también rasgos específicos y desarrolla instituciones y modos de vida originales, cabalgando entre dos civilizaciones y sobreviviendo gracias a los desechos de ambas de una manera a la vez trágica y admirable.

América Latina es, pues la fusión inconclusa entre una pluralidad de culturas autóctonas, una pluralidad de culturas trasladadas y culturas invasoras, que ha terminado por servir de potencial y vehículo de unidad de estas multiplicidades, permitiendo así la expresión de respuestas culturales integradoras, profundamente originales. Esta fusión en proceso comparte una continuidad geográfica única en el Tercer Mundo, que promete la posibilidad de una

cooperación y coordinación económica, social, cultural y política, que abarca casi la superficie de un continente.

La existencia de esta potencialidad es inapreciable para el destino de la humanidad. Pues la cultura fáustica del Primer Mundo, con su tecnología de modificación de la naturaleza inanimada, se enfrenta a un colapso causado por su propio éxito: sus fuentes energéticas se agotan, su acción perturba a la naturaleza a la que explota, su economía se encuentra en un callejón sin salida caracterizado por el sobrecrecimiento del sector terciario y una cancerosa titanización de las urbes. Esta cultura, conforme lo han reconocido los mejores científicos, ha llegado a los límites de su crecimiento, y parece haber perdido la plasticidad para modificar o revertir sus estilos culturales. Y la experiencia histórica enseña que la cultura urbana nunca ha revertido de una manera no catastrófica.

El Segundo Mundo, el socialista, surgió como una respuesta contra este capitalismo occidental cuando el mismo destruyó las antiguas estructuras políticas asiáticas: el zarismo ruso y el imperio teocrático chino. Esta respuesta adoptó rasgos de la tecnología y la ideología del Primer Mundo —desde el ferrocarril hasta el marxismo— imprimiéndoseles sin embargo, caracteres únicos e inconfundibles. Pero también, para resistir el bloqueo y acoso del imperialismo occidental, debió replicarlo oponiéndole alguna de sus instituciones: ejército contra ejército, complejo militar industrial, contra complejo militar industrial, policía secreta contra policía secreta, técnica destructiva contra técnica destructiva. Ello trabó a ambos mundos en una pugna por la supervivencia que los obliga ineluctablemente a invertir sus mejores recursos en el sostén de una tecnología de la aniquilación, y que, comprensiblemente, les resta plasticidad para los nuevos desafíos.

La esperanza de una nueva perspectiva de la civilización por lo tanto, reside en el Tercer Mundo. Y esta salida no podrá consistir, ni en la mimesis ciega de la supertecnología ecocida —que llevará más rápidamente al mismo callejón obstruído— ni en el rechazo igualmente ciego de ella: ninguna civilización podrá ni deberá renunciar a un uso sabio y armónico de los espléndidos medios de control sobre la naturaleza desarrollados por Occidente. Es necesaria una síntesis armónica entre la tecnología occidental de control sobre la materia inanimada, la tecnología de la materia animada y la de control sobre la conducta. Esta síntesis parece remota en países cuya especificidad cultural es tan irreductible que, co-

mo en el caso de los pueblos musulmanes o hindúes, han permanecido impermeables a una profunda penetración de Occidente, y podrían por tanto sacudir su influencia —desechando de paso, invalorables conquistas científicas y humanísticas. Esta síntesis parece asimismo remota en sitios en donde las mismas culturas occidentales trasplantadas son múltiples y antagónicas —como en el África, donde se incomunican los lenguajes y los rasgos culturales aportados por los colonizadores franceses, portugueses, holandeses, ingleses, alemanes e italianos; o en lugares donde la dispersión geográfica dificulta la coordinación sociopolítica, como en líneas generales sucede con el resto del Tercer Mundo. Esta síntesis parece, por el contrario, posible en América Latina, donde una pluralidad de culturas, que constituyeron sistemas social y ecológicamente estables, se han fundido de manera diversa con Occidente, estableciendo así un vehículo de comunicación cultural extenso en un territorio geográficamente continuo, en donde es posible y deseable una cooperación que abarque todos los órdenes de la experiencia vital.

Si la identidad de América se encuentra en los complejos procesos de fusión de su doloroso pasado, la urgencia de que esta identidad culmine su articulación social, económica y política, está justificada por las espléndidas posibilidades de su futuro, que podría añadir un nuevo espacio de plasticidad, una nueva solución, una nueva fórmula, a una historia universal que parece correr hacia su agotamiento.

Una historia universal, que por otra parte, habría echado a andar, hace cinco siglos, por la poderosa conmoción de los imprevisibles dones de América.